

á su rostro (y mio, ¡entendámonos!) el cual



WIDEBERG.  
había tambien participado de las consecuencias del vuelo del globo.

En conclusion, molido y hecho una "miseria" me tiré en mi blanda cama, esperando que mi amigo Miseria contaría por mí al público, en tono de miserere y con el filis que el cielo y su ingenio le han dado, lo demás de nuestras miserias (galicismo en el sentido de flaquezas ó imperfecciones morales) mejicanas y todas las mías propias. Amen.



### ECONOMIA DOMESTICA.

#### OPERACION PAR LIMPIAR EL MÁRMOL.

Macháquese una poca de piedra pómez hasta que esté reducida á polvo impalpable, y mézclase con agua; déjese esta mezcla incorporarse durante dos horas, empápesse luego en ella una esponja y frótese con ella el mármol ó el alabastro; lávese-le después con un lienzo y agua fresca y enjúguese hasta que quede seco, con lienzos limpios.

#### MANERA DE DESTRUIR LAS TIJERETAS.

Estos insectos, que hacen mucho daño á las flores se destruyen clavando junto á cada planta una varita con unas uñas de las patas de los cameros en la punta: las TIJERETAS no dejan de retirarse allí en los tiempos húmedos y de parte de noche; de suerte que por la mañana se les encuentra en las varitas. Entonces se les puede

ahogar, ó matar con el pié ó darlas á las gallinas que las comen con mucho gusto.

#### SAGU CON VINO.

Después de lavado el sagu con agua hirviendo, deslíase ó deshágase en agua. Ya que esté bien deshecho añádasele de buen vino blanco una cantidad igual á la del agua que se haya empleado, y la cantidad de azúcar que se crea necesaria. Póngasele á la lumbre y déjesele dar unos cuantos hervorres: al irlo á servir póngasele unas yemas de huevo.

Puede aromatizarse con corteza de limón ó canela, ó con agua de azahar. Las dos primeras sustancias se revuelven con el agua en que ha de deshearse el sagu; el agua de azahar, con las yemas de huevo.

### MISCELANEA.

#### LAS APUESTAS.

Maló es el hacer APUESTAS inconsideradas no menos que el imitar á las gentes que no temen poner á cada instante su honor de por medio.

Dos célebres filólogos, Filelfo y Timoteo, habiéndose puesto á disputar sobre el valor de una sílaba griega, apostó el primero cien escudos á que la opinion suya seria considerada como la mejor por los doctos á quienes nombrasen árbitros. Timoteo que no tenia dinero apostó una prenda mucho mas preciosa en la estimacion de los griegos, es á saber sus barbas.

Debatíose la cuestion ante una asamblea de sabios, en la biblioteca del rey de Nápoles. Timoteo, viéndose condenado por los mas antiguos manuscritos, quiso evitar la pérdida de sus barbas, confesándose vencido; pero manteniéndose inextinguible Filelfo, Timoteo fué rehusado y sus barbas se pusieron como trofeo en la cátedra donde daba sus lecciones.

#### ANTIQUEDAD DE LOS UNIFORMES.

En Francia fué donde primero se usaron los UNIFORMES militares, de una manera regular. Esto fué en 1688 reinando Luis XIV. Los ingleses los adoptaron muy luego.

#### CRIAIDOS Y AMOS.

No deis muchas confianzas á un CRIADO, pues desde el punto que advierta que no os atreveis á disgustarle, el se atrevera á disgustaros.

#### LENGUAJE DE LAS FLORES.

El CLAVEL DISCIPLINADO, es decir matizado de blanco y encarnado, expresa una negativa; el AMARILLO, desafecto; el BLANCO, sonrojo. Cada ROSA tiene una significacion diversa. El PRÁSIER ó TRINITA-

RIA, pensamientos; la CLAVELLINA (*mignonnette* de los franceses), dulzura, benignidad; la CAMPANILLA, lisonja, adulacion; el CRICHARO (*guisante*) de olor, dependencia; el JAZMIN BLANCO, sinceridad; el MIRTO, amistad y amor.

#### ENIGMA EN FRANCÉS.

Remitido por la seccion G. I.

Quand la voix meurt, on me voit naître,  
L'on me fait mourir d'un seul mot,  
Je suis moins que rien, ou plutôt  
J'empêche quelque chose d'être.

Le chartreux me prend pour son lot,  
Aux yeux je ne saurais paraître:  
Par moi l'on ne peut reconnaître  
L'homme habile d'avec le sot.

Ce n'est pas moi qui persuade!  
Je suis propre pour un malade,  
Et mon règne est durant les nuits.

Qui suis-je, Esprits que l'on admire!  
Je ne suis pas ce que je suis,  
Si j'ai pouvoir de vous le dire.

#### TRADECCION LITERAL.

Cuando muere la voz se me ve nacer, se me hace morir con una sola palabra, soy menos que nada, ó mas bien impido algo de ser. El cartujo me toma por su suerte, á los ojos no puedo presentarme; por mí no puede reconocerse el hombre hábil del tonto. ¿No soy yo quien persuade? Soy propio para un enfermo, y mi reino es durante las noches. ¿Quién soy yo, ingenios admirables? No soy lo que soy, si tengo poder para decirlo.

En solucion en el número siguiente.

EXPLICACION  
DEL LOGOGRIFO DEL NÚMERO ANTERIOR:  
EL LIRIO.

## DOÑA LUISA.

POR LA SEÑORITA DOÑA MARÍA DE LA SALUD GARCÍA.

(Concluye)

ERA la mañana del 3 de agosto de 184...

Hallábase don Fernando en su gabinete, recostado sobre un mullido sofá con la vista clavada en un retrato de su difunta esposa colgado al frente de su asiento, y después de haberle contemplado con una especie de ternura de que jamás usó con la infeliz compañera que le destinara el cielo, a paró sus centellantes ojos de aquel cuadro inanimado que le traía á la memoria a-margos recuerdos, dolorosos remordimientos, mas ya inútiles respecto á la figura representada en el lienzo. Separó la vista del indicado objeto con repugnancia, y la fijó en el suelo, quedándose absorto al parecer, en profunda meditacion, de la que no salió ni con la llegada de su hija que se le acercó silenciosamente y sin chistar una palabra. Cinco minutos habrían pasado cuando la joven tosó para que su padre la viera, y lo consiguió inmediatamente.

Al oír don Fernando aquel eco tan conocido saltó de su asiento, y tomando á la linda y hechicera joven de la mano, la trajo hácia sí con dulzura, la sentó sobre sus facas y descarnadas piernas, y dando á su repugnante faz la amabilidad que tan bien sabía fingir, acaricióla para inspirarle confianza, y disponerla á escuchar la conferencia que pensaba tener con ella. La preciosa carga que pesaba sobre las faldas del viejo, estaba aturdida y no hablaba á qué atribuir la ternura que le manifestaba su padre. Es cierto que desde

que habia perdido á la que le dió el ser, era el objeto exclusivo del cariño paternal; mas nunca habia visto á su padre tan amoroso, y esperaba con ansia el desenlace de una escena tan patética y á la vez nueva para ella. Satisfecho el amor paternal y calmada la sorpresa de la hermosa niña, comenzaron su conversacion.

—Clarita, ¡hija de mi vida! Ya sabes que tú sola eres el objeto de mi cariño, que mi constante deseo es hacerte dichosa, que no anhelo otra cosa en el mundo mas que tu felicidad, y que sacrificaré mi vida por conseguirla.

—¡Ah! Papacito... amado papacito, ¡cuán bueno es usted conmigo!

Y la linda criatura acariciaba el largo y enjuto rostro de su padre con sus preciosas manecitas, cubriéndole de besos.

—Sí, hija mia. Al morir tu desgraciada madre me exigió que velara sobre tu dicha futura, y yo en un arranque de arrepentimiento tardío por los pesares que le causé, le juré que tu felicidad para mí seria un deber sagrado, no solo por ser tu padre, sino sobre todo, por acatar el último voto de una persona moribunda, á quien tanto hice padecer durante diez y ocho años que vivió á mi lado, y que fué tan desgraciada con mis frecuentes extravíos y mal genio.

—Querido papacito, no se acuerde usted de eso...

—Tienes razon, hija mia... Vamos á otra cosa. Dime, Clara de mis ojos, ¿te gusta el matrimonio? ¿Quieres casarte?

Háblame con franqueza, ten confianza en tu padre.

La niña se estremeció, se puso encamulada como la grana, y bajó los ojos sin contestar. El corazón le palpitaba con fuerza.

—¿Nada me dices, hijita? ¿O quieres encerrarte en un convento para toda tu vida?

—No, papá, nunca he pensado en eso.

—Bien, bien, hija mia. Supuesto que tú no me respondes como deseo, á mi pregunta, me veo en el caso de obrar por mis propias ideas. Te voy á casar como se hacia con todas las doncellas, hace algunos años.

La jóven levantó su hechicero rostro, y fijó sus lindos ojos espantados en el semblante de su padre.

—¿Me obedecerás, Clarita?

—¡Oh papacito!... Diga usted, ¿cómo desposaban anteriormente á las jóvenes?

—Es bien sencillo, mi vida. Los padres de los novios hacían el contrato, sin que estos se mezclaran en nada, sucediendo á veces que los contrayentes no se conocían hasta el acto de ir á la iglesia. Con que...

—¡Dios mio! ¿y usted me casará así? tartamudeó la linda jóven estremeciéndose.

—Parece que así será: tu silencio me autoriza...

—¡Oh! no, no me sacrificará usted, puesto que ha jurado á mi difunta madre hacer mi felicidad.

Y la inocente niña rodeó al esqueleto viviente con sus torneados y alabastrinos brazos, á la vez que su linda boca cubría de besos la arrugada frente de su padre, que se reía interiormente del susto de la candorosa virgen, recibiendo con gusto sus inocentes y filiales caricias. Pensaba la sencilla niña que sus tiernos halagos la librarian de ser entregada á otro hombre que no fuera Cárlos.

En este instante oyeron llamar á la puerta.

La hermosa Clara, pues ya sabemos cómo se llama, se separó precipitadamente del regazo paternal, y tomó asiento al lado de su padre en el mismo sofá. Don Fernando gritó "¡adentro!" no de muy buen humor, acaso porque le privaban de las deliciosas caricias de su hija; mas apenas avanzó la persona que llamara, cuando se paró dando la mano á su *visitante* y manifestando en su livido semblante un regocijo que no era dueño de ocultar. La persona que entró era Cárlos.

—Bien venido, amigo mio, tome usted asiento y haré á usted participe del asunto que tratábamos Clarita y yo.

—Doy á usted las gracias por la confianza con que siempre me trata.

—Todo lo merece un amigo como usted.

—Mil gracias, usted sabe que lo soy efectivamente. ¿De qué se trata?

—Nada menos que de la felicidad de mi hija. Voy á casarla.

Cárlos se demudó y la jóven se estremeció en su asiento.

—Me parece muy bien... tartamudeó el abogado.

—Sí, amigo: antes de morir quiero dejar afianzada su dicha.

—Es muy justo, repuso Cárlos con trémula voz.

Clara permanecia muda y azorada.

—Se ha presentado un sugeto que desea la mano de Clarita; aunque no se atreve á pedirla, está concedida: á mas, un dote de cincuenta mil duros y mi amistad, si vale algo; ¿qué mas puedo hacer por mi hija?

—¡Ah! papacito, yo no deseo otra cosa sino...

—Pero, señor don Fernando, para que usted vea á esta señorita feliz, es preciso que la una á un sugeto que la ame como merece, que ella le corresponda y que ade-

más ese sugeto tenga todas las cualidades que se requieren en un buen marido. No se preocupe usted. . .

Cárlos no pudo proseguir, inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneció mudo. Estaba aterrado.

La bella Clara tenía sus lindos ojos clavados en el rostro de su padre y su hechicero semblante manifestaba á las claras el atroz martirio que sufría su sensible corazón. Por algunos segundos reinó en la pieza el mas profundo silencio, interrumpido tan solo por la fatigosa respiracion del abogado.

Arrepentido ya don Fernando del horrible tormento que sus pesadas chanzas, ptes no eran otra cosa, como lo habrá adivinado el lector, producian en sus jóvenes oyentes, se levantó violentamente, tomó la preciosa mano de su hija que no hizo la menor resistencia, y adelantándose con ella hasta el extremo del sofá en que estaba sentado Cárlos, le dijo:

—Querido amigo, al excelente sugeto que he escogido para esposo de mi adorada Clara, le debo casi toda mi fortuna, pues que me la ha salvado de un pleito embrollado y ruinoso; á no ser por sus luces y eficacia lo habria perdido yo, y como no poseo otra prenda de mas valor que la que usted tiene presente, desee recomendarle sus servicios con la mano de mi hija. Ese dichoso sugeto me parece que es. . . usted, Cárlos.

—¡Ah, señor! . . . ¡qué, no es otr!

Y Cárlos no atinó á contestar. Levantándose de su asiento como por un resorte, se precipitó al otro extremo de la pieza, con la boca abierta y paseándose inquisitorialmente; nada oia ni veia, hasta que don Fernando le trajo de la mano y sentándolo entre él y su hija le dijo:

—Amigo, si usted desprecia la mano de Clara. . . .

—¡Yo despreciar. . . . lo que mas ape-

teceo. . . en el mundo! ¡Ah, señor, señorita! . . . disimulen ustedes mi aturdimiento. . . Como al principio no me dijo usted quién era el dichoso elegido. . . no sé más decir á usted: la posibilidad de perder mis esperanzas. . . me anonadó: mi corazón recibió un golpe terrible, mortal. Ahora la dicha me enloquece. . .

Y el abogado se precipió en los brazos de don Fernando, diciéndole:

—Perdone usted, amigo mio. . . mi sorpresa ha sido tan grande, tan excesiva, que ha paralizado mi reconocimiento. . . gracias. . . mil gracias. . . ¿con qué pagaré tanta dicha, tamaña felicidad? confieso que no acertaba á esperarla.

Y el afortunado joven manifestaba su gratitud á ambas personas con entusiasmo y sinceridad.

Los semblantes de estos personajes que momentos antes expresaban tan dolorosos sentimientos, habian cambiado. Ahora, la mas pura alegría animaba el inocente y peregrino rostro de la candorosa niña; sus lindos ojos se fijaban alternativamente en su padre y en su futuro esposo, con un sentimiento inexplicable de gratitud, y una mezcla de dicha y de dulce esperanza. Clara estaba divina, hechicera, con su rubor de doncella. Cárlos, el venturoso abogado no cabia en sí de gozo, sus ardientes y expresivas miradas indicaban mejor que su voz el contento, la felicidad que disfrutaba con tan halagüeñas esperanzas.

La mañana se pasó en mutuas protestas de amistosa gratitud, á la par que en formar deliciosos planes de felicidad para lo futuro.

Advirtió don Fernando que el tiempo volaba (como que él no estaba enamorado!) y dijo:

—Querido hijo, pues ya puedo dar á usted este nombre, hoy estamos á 3: dentro de nueve dias es el cumple años de mi amada Clara, y yo desee que ese dia se

celebre la sagrada ceremonia que pondrá á usted en posesion de ella; si no hay inconveniente. . .

—Usted figúrese si me parecerán siglos esos dias que aprovecharé sin duda, á fin de que en el término fijado se allanen cuantos obstáculos se presenten, ¡yo sabré vencerlos! Ahora mismo voy á casa á dar parte de todo á mi querida tia.

Y se despidió.  
Don Fernando se fué á sus negocios y la bella Clarita se entró á su lujoso aposento llena de dicha, y deseando se llegar al momento apetecido.

Sigamos al interesante joven que se dirige á su morada. Al llegar encuentra con Susana que le obstuve el paso para la pieza en donde asiste la pobre Luisa, enferma y postrada en el lecho, no por gravedad, sino poseida de una profunda tristeza que la consume lentamente.

—No entre usted, niño, porque la señora descansa, pasó mala noche, dijo Susana á media voz.

—¡Qué! ¡hay alguna novedad? repuso Cárlos como espantado.

—No se alarme usted, niño, no es nada. Anoche no dormí la pobre señora á causa de la tos: hace un corto rato que ha cogido el sueño y es lástima despertarla.

—Así es, Susana, debemos guardar silencio, no sea que despierte mi tia. Yo desearia hablarle ahora sobre un asunto importante, pero lo haré luego: entre tanto, óyeme tú, Susana. Don Fernando me acaba de otorgar la mano de su preciosa hija, á quien amo con toda mi alma, dijo el abogado en voz baja.

La vieja criada abrió tamaños ojos, se paró del asiento, su semblante arrugado se puso livido, se dejó caer otra vez, y exclamó horrorizada:

—¡Qué oigo, Dios eterno! ¡Oh, qué horror! ¡qué horror! ¡ese matrimonio es imposible! . . .

Y se salió de la pieza aterrorizada y como fuera de sí.

Cárlos se quedó embobado: no comprendia el espanto de su antigua criada, pensó que deliraba, por lo que tomó el partido de esperar que su tia saliera de su dormitorio ó el pudiera entrar. A no ser el verdadero afecto que profesaba á la pobre Luisa, le habria quitado el sueño para comunicarle la dicha que esperaba disfrutar dentro de pocos dias.

A otro dia, á las oraciones de la noche se hallaban reunidos en la casa de Cárlos nuestros conocidos personajes. Luisa, sentada en su lecho, apenas se movia cuando algun ataque de tos la obligaba á hacerlo.

Don Fernando al frente de la enferma, arrellanado en un "butaque" estaba sumido como de costumbre en profunda meditacion; á su lado, su hija con semblante triste y abatido. Cárlos de pie, pendiente de su tia, y en la mayor ansiedad. Solo Susana no manifestaba al parecer ninguna inquietud, aunque interiormente estaba muy agitada.

—Espero, señora, que tendrá usted la bondad de decirme qué impedimento hay para que se efectúe el pactado enlace de mi hija con su sobrino, y crea que estoy muy ofendido de esa oposicion, al grado que retiro mi palabra. . .

—¡Ah, señor! ¡tenga usted la complacencia de escuchar á mi tia que va á explicarnos este misterio! dijo el abogado con deprecatoria voz.

—Señor, no me es posible. . . no. . . tengo ánimo. . . sufro mucho. . . solo recordarme tal acontecimiento me costará la vida. . . no puedo. . .

Don Fernando hizo un gesto de impaciencia. Cárlos se acerca á la doliente señora, y le dice:

—Amada tia, por amor mio, por lo que usted mas estime, sáquenos de esta incer-

tidumbre, haga usted un esfuerzo, y ahórenos el verdadero martirio que estamos sufriendo.

—Tienes razón. . . Haré todo lo posible.

Y la pobre de doña Luisa se enderezó y se dispuso á hablar así:

—Es preciso que ustedes tengan paciencia para oír una terrible historia que antecedió al nacimiento de Cárlos, y que es fuerza que les relate para que sepan su origen, así como el muro inexpugable que se opone á su felicidad.

Retrocédamos veintinueve años. Estábamos en 181. . . El glorioso grito de independencia dado por los primeros héroes de este infortunado suelo, había cundido por casi todo el reino. Aunque muchos de ellos habían succumbido, quedaban otros haciendo guerra á muerte al despótico y tirano gobierno español, que no quería soltar su presa y desatar el yugo de hierro que por treientos años había estado pesando sobre la frente de los pobres mejicanos. La guerra que por todas partes asolaba á estos países era atroz. Represalias entre ambos partidos. . . Incendios, robos, asesinatos, latrocinios. . . todos los horrores que trae consigo este azote de las naciones.

En la rica hacienda de. . . vivía un sugeto que la administraba hacia algunos años, acompañado de una hija de diez y seis y de los dependientes y criados. Era viudo, y aunque todo el país estaba en guerra, él no tomó parte en ningún partido. Como buen mejicano amaba á su patria y deseaba la independencia; habría peleado por la libertad; mas pensando en su hija, se decidió por último á estarse quieto en su casa. En su juventud tuvo un amigo íntimo á quien amó con sinceridad y cuya amistad cultivó largo tiempo; pero desgraciadamente una vez tuvieron un choque y se separaron enemigos irreconciliables. El amigo del adminis-

trador juró vengarse y lo consiguió de una manera horrible.

Pertenecía al partido de los "gachupines," se lanzó á la revolución, y de ese modo quedaban impunes cuantos delitos cometiera.

Una noche, á cosa de las doce, despertó sobresaltado el administrador, saltó de su lecho, y corrió á asomarse á una ventana por la que vió la hacienda rodeada de tropa, y que varios soldados estaban derribando á hachazos la puerta que daba entrada á la pieza contigua á la en que él estaba. A la opaca luz de la luna oculta entre algunas nubes, conoció que eran del partido realista los que acometían la casa, y se creyó perdido si les daba tiempo á entrar. Su única salvación estaba en la huida, pero ya no era fácil ejecutarla; le faltaba tiempo. Una criada antigua y de cuya fidelidad podía fiar despertó al ruido, á la vez que el administrador, y se le acercó asustada y preguntándole por la niña. Al oír el pobre hombre esta pregunta, de un brinco se pone en el lecho de su hija, que ya despierta y toda azorada, daba voces á su padre y á su criada alternativamente. Toma á la niña en brazos, dice á la criada que lo siga si puede, y trata de huir aceleradamente. En la pieza contigua entraban los soldados tras de su jefe á la vez que él volvía de la ventana por donde iba á saltar, siempre con su hija en brazos, casi desmayada de terror; pues habían herido sus oídos los gritos de "¡viva el rey, y mueran los insurgentes!" ¡gritos tremendos, precursores de los mas horribles crímenes!

El afligido administrador tropieza con una gran mesa de encina que había en la pieza y le ocurre ocultar allí á su hija: lo hace en efecto, estirando la carpeta para cubriría. ¡Diligencia inútil! El jefe que conducía la tropa de forajidos entra á la estancia en este momento y lo vió con la

luz de muchas rajas de ocote que algunos de sus compañeros traían encendidas, pues ya los mas se habían esparcido por toda la casa á recoger el botín que tanto ansiaban.

El administrador que se ve perdido, se parapeta contra la mesa, y tomando un machete que estaba sobre ella, se dispone á guardar su tesoro á toda costa.

El jefe de la tropa contiene en la única puerta que da salida afuera de la casa, á unos diez ó doce que lo seguían, y adelantándose espada en mano hasta cerca del administrador, le dice:

—Caballero, ¿me conoce usted?

—Harto por desgracia; solo un hombre como usted. . . es capaz. . .

—De todo cuando se halla despreciado como yo por un. . . miserable insurgente. . . Me has humillado con negarme la mano de tu hija que te he pedido: sabes que la amo con pasión. No quisiste concedérmela porque la destinás á un. . . ranchero como tú y á quien ella ama. . . Ahora vengo por esa niña: ¡entrégamela!

—¡Jamás! ¡jamás! para que consigas tu objeto, primero pasarás sobre mi cuerpo sin vida.

—Eso es muy fácil, lo vas á ver.

Y el jefe dijo á sus soldados:

—¡Amarran á ese!

A esta voz los mas de aquellos infames se precipitaron sobre el administrador, que tendió en el suelo de un machetazo en la cabeza al que mas se le acercó. Entonces comenzó un ataque encarnizado, pues todos se arrojaron á mano armada sobre el pobre hombre, que acosado por tantos succumbió á los golpes, y cayó al suelo cubierto de heridas y agonizando, no obstante que el jefe les gritaba que no le mataran. La hija del herido, luego que oyó decir á aquel hombre que amararran á su padre, salió de su escondite y se precipitó á sus piés abrazando sus rodillas y supli-

cándole con llanto no ofendiera á su padre. El infame se reía de sus lágrimas. —¡Salgan todos y guarden la puerta, que nadie entre aquí! gritó el jefe.

Mas fué necesario que repitiera la órden varias veces, porque no era oída su voz entre la confusión y gritería de aquellos malvados. Todos andaban trasteando la pieza y apropiándose cuanto encontraban. Por último, la imperiosa voz de su capitán los lanzó fuera, no quedando en la estancia mas que el jefe, la afligida doncella y el moribundo, que en brazos de su fiel criada que salió de detrás de un estante, estaba próximo á exhalar el último suspiro.

Entonces fué cuando Satanás le sopló un pensamiento infernal. . .

Viendo á la doliente niña abrazada de su agonizante padre, comprimiendo sus sus sollozos, y procurando reanimar su cadavérico rostro con sus lágrimas y caricias, que estaba indefensa y á merced de su antojo, se dejó arrastrar de su impura y fronética pasión por aquella inocente joven. Una criada llorosa y afligida por las desgracias que acababan de suceder, no era obstáculo á su infame proyecto. Se acerca al moribundo y mirándole con vengativa saña le dice:

—Mira si sé vengar una ofensa.

Y toma bruscamente á la criada de la cintura y con el lazo que debía servir para amarrar al administrador, la ata á un pié de la mesa. La pobre mujer no hace esfuerzo para librarse; cree que la va á matar y solo pide misericordia. Inmediatamente toma á la niña en brazos, la conduce al lecho y trata de ejecutar su inicua brutalidad. . . Ella resiste al principio, grita, pide socorro, forceja por desasirse de los robustos brazos de aquel monstruo. Su infeliz padre que conserva los sentidos á pesar de sus mortales heridas, se arastra trabajosamente y hace inútiles es-

fuerzas por librar á su hija de la afrenta que aquel malvado trata de hacerle. Todo en vano. Los inauditos tormentos que el desdichado sufre, aceleraron su muerte. Expiró entre horribles convulsiones.

La criada consiguió desatarse, y semejante á una loba á quien arrebatan sus cachorros, se precipita sobre el monstruo y lo arranca de aquel lugar, colgándosele con los dientes de una oreja. Mas... ya no era tiempo...

¡La víctima estaba inmolada!...

—¡Ah! ¡qué horror! exclamó la inocente Clara cubriéndose el rostro con el pañuelo, y echando á llorar.

Cárlos no se movía, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en las manos, escuchaba en silencio.

Susana arrodillada al lado del lecho de su señora, lloraba. Don Fernando estaba en un suplicio. Descaba oír el desenlace de tan fatales acontecimientos y temía, sin embargo, la continuación de la historia que se los haría saber.

Doña Luisa después de calmar su agitación con una bebida refrigerante y de cobrar nuevo ánimo, siguió así:

—En el instante mismo que la criada se asió al infame jefe de aquella infernal canalla, y le arrancó un pedazo de oreja con los dientes, como he dicho, las llamas invadían la estancia en que se hallaban así como toda la casa. Los soldados incendiaron las primeras piezas luego que acabaron de robar, y el fuego cundía por todas partes.

El infernal demonio que causara tantos desastres, azorado por el peligro que corría su vida, si permanecía mas tiempo en la hacienda, forma una resolución violenta y al instante la ejecuta.

Toma á la niña en sus brazos, y atravesando por entre las voraces llamas que todo lo consumían, se precipita y llama á sus criminales compañeros y juntos todos se

retiran precipitadamente de aquel sitio, testigo de tan horribles crímenes, y que muy pronto va á convertirse en cenizas y escombros. Los mas fieles criados que habían acudido á la defensa de su amo, tan luego como los ladridos de los perros les avisaron el nocturno ataque, y el ruido de la puerta que echaron al suelo, todos habían perecido en la lucha: sus cadáveres juntos con uno que otro de los invasores se hallaban esparcidos por el suelo y muy en breve quedarían devorados por las llamas.

El jefe de aquellos bandidos monta en su caballo, pone á la jóven en la grupa, manda que la aten á su cintura con un rebozo que presentó uno de sus compañeros y parten todos á galope.

Dos dias anduvieron extraviando caminos, y al anochecer del segundo pararon en un pueblo pequeño de indios, en donde no habia alma viviente, pues que el temor hacia que todos se alejaran á los cerros, luego que se acercaban las partidas que infestaban el país, ya fueran americanas ó realistas.

A poco rato de estar en el pueblo cometiendo los criminales escándalos que tenían de costumbre, un indio comenzó á dar voces diciendo: "Ahí vienen los insurgentes," corriendo á la vez por las calles y perdiéndose por fin entre unos matorrales.

El capitán manda juntar su gente y da orden de marcha, la que ejecutan á mata caballo sus compañeros. Mas cuando él va á montar se acuerda de su víctima que habia dejado en un jacal, acostada sobre una tarima y descansando de tanta fatiga. Corre por ella, entra, la busca por todos los rincones y no la halla... Entre tanto los gritos de alarma crecen: el cobarde culpable tiene miedo de perder la vida y monta en su caballo, alejándose precipitadamente en unión de sus soldados.

La pobre huérfana tuvo lugar de esconderse debajo de una traja, en donde permaneció hasta que cesó todo rumor. Ya muy entrada la noche salió de su escondite y subiendo con mucho trabajo á un frondoso mezquite que habia á un lado de la traja, se estuvo gran rato en observación hasta que se satisfizo de que estarían lejos los forajidos. Por último, se bajó y echando á andar á la ventura llegó á la orilla del pueblo sin saber qué camino tomar; descalza y casi desnuda, apenas daba un paso y volvía la cabeza á todas partes, amedrentada hasta de su sombra. Reinaba el mas profundo silencio. Anduvo hasta la aurora sin encontrar á nadie, y ya se creia perdida, cuando al llegar á una pequeña vuelta que hacia el camino vió acercarse una mujer. Corre á encontrarla, le pregunta qué pueblo es el que deja atrás, y se informa á dónde conduce el camino que lleva. La mujer cree que aquella jóven está loca y se compadeció de ella, se recuerda haberla visto alguna vez, le indica sus sospechas, y por último la conoce. La jóven le cuenta, como puede, lo que ha sucedido, y le ruega que le busque un guía que la conduzca á su casa. La buena mujer penetrada de lástima, le dice que la espere un poco á un lado del camino y se marcha. A poco rato vuelve con un burro, hace á la jóven que suba en él, la envuelve en una frazada y toman el camino lo mas aprisa que les es posible.

Anduvieron toda la mañana sin encontrar á nadie. A cosa de las tres de la tarde llegaron á un rancho perteneciente á la hacienda de donde era la jóven. Todos los peones andaban errando por los cerros: una que otra mujer estaba metida en su jacal, temerosa de que la vieran. Habían descansado un rato las viajeras é iban á seguir su camino, cuando se les acercó una mujer á caballo con un muchacha

cho en las ancas: preguntó á la compañera de la jóven si sabia qué camino habian tomado los soldados que dos dias antes incendiaron la hacienda. La jóven conoce la voz de aquella mujer y se precipita hacia ella, la apea del caballo, y se arrojan la una en los brazos de la otra, permaneciendo enlazadas y anegadas en llanto. Aquella mujer era la fiel criada de la huérfana, que la buscaba.

La criada no permitió que siguiera adelante la jóven, pues aquella noche le acometió una fuerte calentura que la postró en cama, permaneciendo algunos dias privada, delirando y en un estado peligroso, del que la sacó libre su jóven naturaleza, y mas que todo, los cuidados y esmero de su antigua y fiel criada. La convalecencia fué larga, y sumió á la jóven en una profunda melancolía, conservando por algun tiempo en su imaginación los horrores de que habia sido testigo.

La buena mujer, la criada fiel que se habia constituido en madre tierna y cariñosa de la huérfana, no le permitió volver á la hacienda, en donde no hallaría mas que ruinas y escombros. Procuró alejarla de unos sitios que á cada momento le recordarian el dolor, la miseria y la afrenta que habia sufrido...

Conociendo la huérfana que no le quedaba otro apoyo mas que su criada, se propuso obedecerla en todo. Luego que estuvieron muy distantes de la hacienda reducida á cenizas, se establecieron en un pueblo miserable y habitado por unos cuantos indios, viviendo en la mayor miseria. Todo su tesoro consistía en una cadena de oro con una medalla de la Virgen de Guadalupe del mismo metal que traía la jóven en el cuello, un rosario de corales engarzado tambien en oro y el caballo que les sirvió en el viaje.

Estando ya la jóven restablecida, la dejó su criada recomendada á una india ve-

cina suya, y se fué á la ciudad inmedia-  
ta á vender sus halajas para subsistir: volvió  
con su producto, y se sujetaron ambas á  
vivir con la mayor economía, para no dar  
fin á su único haber.

Otro suceso mas aflicente lacera-  
ba su corazón de la huérfana. Conocía que iba  
á ser madre. ....

Por fin, alumbró un tierno infante. Ese  
inocente, ese hijo, fruto de un nefando cri-  
men, eres. . . ¡tú, Cárlos! . . .

Un grito de horror salió de las bocas de  
los circunstantes.

—¡Oh Dios! . . . ¡mi desdichada madre  
habrá muerto víctima de la miseria! . . .  
¡y mi padre! . . . ¡mi criminal padre! . . .

—Vive, lo mismo que tu infeliz madre,  
contestó doña Luisa con voz débil.

—¡Cielos! ¿Dónde están? . . . ¡por pie-  
dad! diga usted. . . Y el abogado se arro-  
jó á los brazos de doña Luisa.

—Cárlos, tu padre. . .

—¡Oh! ¡Calle usted! ¡calle usted! . . .  
interrumpió don Fernando.

—Tu padre. . . el autor de tamaños  
crímenes era el amigo del administrador;  
y se llama ¡don Fernando A! . . .

—¡Maldita sea tu lengua! . . . contestó  
el abominable viejo, despechado. Y re-  
petía frenético: ¡mi hijo! . . . ¡mi hijo! . . .

Cárlos se cubrió la cara con las manos  
y se dejó caer sobre su asiento anonadado.

Doña Luisa lloraba en silencio, lo mis-  
mo Susana.

Pero Clara, la sensible Clara sufría un  
martirio. Al oír la palabra fatal, se le-  
vantó de su asiento y dando vueltas por  
toda la pieza, frenética, desatinada, grita-  
ba horripilada:

—¡Su hijo! . . . ¡Mi hermano! ¡mi her-  
mano! . . . ¡Maldición! . . . y golpeaba su  
hermosa cabeza contra las paredes y mue-  
bles, gritando sin cesar y corriendo como  
una loca.

De repente, un agudo y prolongado chi-

llido, seguido de otro ruido sordo pausado  
y retumbante hirió los oídos de los circun-  
stantes.

Cárlos saliendo de su aparente desma-  
yo, se lanza de un brinco sobre la donce-  
lla, que yacía en el suelo, al parecer sin  
vida, y cubierto su rostro de sangre. Se  
había roto la cabeza en un ángulo salien-  
te de una cómoda. El abogado la levanta,  
la estrecha en sus brazos comprimién-  
dola fuertemente contra su pecho, y pro-  
curando comunicar su propia vida á la  
inerte niña, gritaba con el corazón an-  
gustiado:

—¡Hermana! . . . ¡hermana mía! . . .

Un sacudimiento convulsivo fué la pri-  
mera señal de vida que dió la doncella.

Luego, clavando sus ojos vívidos y  
saltones en el semblante de su hermano,  
le rechaza con violencia y prorrumpe en  
espantosos gritos; después articulando pa-  
labras incoherentes como una persona que  
ha perdido el juicio. . . .  
¡Estaba loca! . . .

Mientras pasa la escena que acabamos  
de referir, ocurre otra no menos terrible en  
el lecho de la enferma.

Don Fernando, semejante al demonio  
del Terror, se para delante de doña Luisa  
y le dice con voz sofocada por el espanto,  
la ira, la desesperación y cuantas pasio-  
nes abriga su pecho:

—¡Señora! ¡Cada una de las palabras  
que usted ha proferido. . . se han clavado  
en mi corazón como agudos puñales. . . .  
han caído como plomo derretido, gota á  
gota. . . ¡abrasándome el alma! . . . ¡si! . . .  
¡vivas ponzoñosas no me habrían hecho  
tanto mal! . . . ¡Ah, tengo un infierno en  
el pecho! . . . Y se lanzó azogadamente  
fuera de la pieza.

Han pasado cuatro días.

El choque violento y doloroso que re-  
cibiera doña Luisa al recordar sus desgra-  
cias, agravó su estado de padecimientos,

y un ataque de pulmonía terminó su car-  
tera sobre la tierra. . . .

El coro de las santas mujeres mártires,  
recibió la virtuosa alma de esta angelical  
criatura que sufrió con resignación tantos  
martirios.

Pasan todavía unos meses.

La inocente Clara ha sucumbido al do-  
lor. Su alma pura ha volado al paraíso  
celestial á adorar á su Criador. . . .

Estamos en 1847.

Cárlos, el triste abogado, después de la  
muerte de su madre y hermana, corrió á  
alistarse en las filas de los valientes de-  
fensores de su patria, hallando una muer-  
te gloriosa en Churubusco.

Murió como un héroe honrando á su pa-  
tria. ¡No aumentó el número de los in-  
fames mejicanos que huyeron, al frente  
del enemigo, cubriendo de baldón. . . de  
oprobio, á este desdichado suelo! . . .

Empero el tiempo vuela: han pasado  
tres años.

Estamos en 1850.

El terrible azote de la humanidad, el  
cólera—morbo, azuela las poblaciones.

Don Fernando acosado por crueles re-  
mondimientos, sufre terriblemente. Es a-  
tacado de la terrible peste; y sueñe sin  
haber tenido tiempo de reconciliarse con  
su Criador.

Sin embargo, la bondad suprema no tie-  
ne límites. . . . ¡Su misericordia es infini-  
ta! . . .

Todos los días al rayar la aurora, se ve  
á una mujer vestida de luto, y envuelta  
en su rebazo alejarse lentamente del ce-  
menterio de. . . . después de haber orado  
toda la noche sobre un sepulcro. . .

Esta mujer era Susana, la fiel criada  
del administrador.

Allende, octubre 20 de 1851.

## EL SUEÑO DEL MENDIGO.

POR M. E.

### A UNA AMIGA.

¡Triste suerte

La del misero mendigo,  
Quien no tiene mas amigo  
Que su destino infeliz!

Cada hora

De las que en su vida cuenta,  
Peso enorme es que atormenta  
Su doblegada cerviz.

Taciturno,

La faz clavada en el suelo  
Y el corazón en el cielo,  
Cruzando las calles va.

Lentamente

Parece que el paso mide,  
Y un socorro al pueblo pide,  
Y el pueblo no se le da.

Sin abrigo

En la helada noche vela,  
El hambre cruel le desvela,  
Y el furioso vendaval.

Entumidas,

Las manos yertas levanta,  
Y eleva una oración santa  
A la mansion celestial.

Insensible

Dios parece á su plegaria,  
Ya en la noche solitaria,  
Ya de la aurora al nacer.

Olvidado

Parece del mundo entero  
El infeliz portidioso,  
Próximo ya á perecer.

Entre tanto,  
Y así que de hambre fallece,  
Sutil vapor le adormece,  
Que sus párpados cerró.  
Y vió en sueños  
Mil fantasmas y visiones;  
Horrendas detonaciones  
Débil su oído escuchó.

Contemplaba  
Ansioso en su devaneo  
Objetos que su deseo  
No pudo saciar jamás;  
Los convites,  
Los regalos, el reposo,  
Legados al poderoso  
Muchas veces por demás;

Mas de un ángel  
La forma invisible y muda,  
Que en el alto Dios se escuda  
É interpreta su bondad;

"Oh mendigo,  
Con célica voz le dice,  
Tu frente humilla, y bendice  
Del Eterno la equidad."

"Ese mundo  
Que así tu vivir quebranta,  
Bajo la maldición santa  
Oprimido gemirá."

"No vacíes,  
Sufre en paz la cruda pena;  
Que en esa vida terrena  
Tu existencia acabará."

"Hay un día,  
En él no hay quien no sucumba,  
Y cerca están de la tumba  
Un abismo y un Eden."

"Busca en vano  
La dulce paz en el suelo,  
Solo ha existido en el cielo  
De los mortales el bien."

(Escrito para la Hermana.)

### LAS PREOCUPACIONES.

Las preocupaciones son las enfermedades mas funestas y mas peligrosas del alma: puede llamárseles unas opiniones anticipadas y formadas sin exámen ó mas bien unas sorpresas causadas á un juicio vestido de tinieblas ó deslumbrado por fuegos fatuos.

La preocupacion viene á ser una especie de contagio que como todas las enfermedades epidémicas ataca de preferencia al pueblo, á las mujeres, á las sectas de diversas escuelas, á los maestros, á los discípulos, y que no cede sino á la fuerza de la edad, es decir de la razon ilustrada por la experiencia.

Las preocupaciones tienen su origen en las pasiones que desnaturalizan todos los objetos: todo lo que nos agrada nos parece ó casi siempre verdadero, justo, útil, sólido y razonable. Estas enfermedades son las que favorecen á la supersticion, engen-

dran y acreditan á los errores populares. Hay preocupaciones de naciones, de estados, de condicion: contenidas dentro de ciertos límites justos, pueden llegar á ser útiles; pero llevadas demasiado léjos no son mas que manantial de errores. Hay tambien preocupaciones universales é inherentes como quien dice á la naturaleza humana. Aun el saber tiene sus preocupaciones como la ignorancia: el supersticioso cree demasiado y el sabio no cree bastante. No admitamos nada sin exámen, desechemos lo que repugne á la razon; confiémonos de lo que esta nos demuestra y suspendamos nuestro juicio sobre lo demás: respetemos toda opinion aun cuando fuere falsa, si vemos que contribuye al bien de la sociedad. Una preocupacion útil es mas razonable que la verdad que la destruye.

Nunca tendríamos los hombres preocu-

paciones si fuéramos menos perezosos para examinar, si tuviésemos mas buena fe para con nosotros mismos, y si fuéramos menos dóciles en recibir opiniones ya formadas, para ahorrarnos el trabajo de estudiar ó reflexionar; pero somos vanos y perezosos, queremos aparentar que sabemos lo que no hemos aprendido, y esta disposicion que multiplica las preocupaciones impedirá probablemente que curen de ella los hombres.

Si para agradar en el mundo es preciso respetar las preocupaciones ajenas, no es

menos verdad que para evitar hasta donde es posible la burla, debe uno procurar desprenderse de las que tiene. Sacudid toda preocupacion y pensad por vos mismo, es decir interrogos sobre cada una de las opiniones que están en vos sin que sepais ni cómo han venido ni de dónde vienen; sometedlas á severo exámen, hacedlas pasar por el crisol de la razon, La preocupacion no puede albergarse mas que en una cabeza en que la razon no hace sino raras y cortas visitas.

## MISCELANEA.

### LOS SOLTERONES.

Llenad á un solteron de comodidades; dadle el mas amplio de los dormitorios, el lecho mas mullido, el mejor de los baños; cubrid su mesa con el mas limpio y blanco de los manteles; presentadle el té mas delicado, el café mas exquisito; envolved su cuerpo en la bata mas cómoda y sus piés con las chinelas mas suaves y holgadas; sustentadle con los mejores y mas regalados platillos; haced por él esto y cuanto mas querais, que él será siempre infeliz. Es que él está siempre pensando en el amar y el matrimonio. Su imaginacion evoca mujeres fantásticas y se figura ser un san Benito. En sueños ve á una amante y preciosa dama al lado de su solitario lecho y unos traviesos chiquillos trepándose en sus piernas. Recuerda para sentirse disgustado de su soledad y despechado despoja su esplin vengándose del estado que ocupa todas sus potencias y sentidos.

### ORÍGEN DE LA VOZ CAPILLA.

CAPILLA es un término derivado del latino *capella*. En lo antiguo, cuando los reyes de Francia iban á la guerra, llevaban.

ban consigo el sombrero de san Martin, el que se conservaba en una tienda de campaña como una preciosa reliquia, habiéndose dado á la tienda el nombre de *capella*, y el de *capellani* á los sacerdotes que la cuidaban. En lo sucesivo se aplicó la voz *capella* (capilla) á los oratorios particulares.

### FLORES EMBLEMÁTICAS.

LA ROSA es el emblema de INGLATERRA; el CARDO lo es de ESCOCIA; el TRÉBOL, de IRLANDA.

### ENIGMA.

Muy mas bella que el amor  
Y que todo humano ser,  
A muy poco de nacida  
Con mi padre me casé,  
El cual me engendró sin madre,  
Atiende, lectora, bien:  
Al año dí á luz un hijo,  
Y tan rara suerte fué  
La mía, que me morí  
Sin llegar nunca á nacer.  
*La solución en el número siguiente.*

EXPLICACION  
DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR:  
LE SILENCE.—EL SILENCIO.

## AUMENTO

# A UN ARTICULO DE EXHIBICION,

Ó SEA

## SEGUNDA JORNADA DE LA PRIMERA.

DESPUÉS de todo, bien vistas las cosas que pasando están en el mundo político de los mejicanos mis compatriotas, este gobierno de don Mariano ha tenido mucha fortuna. Vea usted si no esta larga paz pública tan suspirada por la gente pacífica, esas decisivas derrotas de pronunciamientos apenas asoman la cara, ese feliz éxito del negociado de Matamoros que tan horrendo se presentaba. . . . Y la plantificación del telégrafo, invento de los mas asombrosos de la inteligencia humana; y la buena armonía entre el gobierno de la nación y los ministros de Francia, Inglaterra y los Estados-Unidos del Norte; y la próxima venida de un nuncio del soberano pontífice; y. . . .

Esto estaba yo hablando conmigo el domingo 9 del corriente año de 1851, día del patrocinio de nuestra Señora y san Teodoro y santa Eustolia, á cosa de las diez de la mañana, á tiempo que mi criado entró y me entregó un papel doblado en forma de esquila.

Luego que hube leído el sobre, rompí "el lema" y me encontré con que el tal papel de que me impuse con la debida atención, era un billete ó convite para concurrir á la repartición de premios de los objetos de la gran exhibición de que ya tengo dado conocimiento á la amabilísima lectora.

—Bien, me dije, ¡maldito si yo me acordaba de que hoy, hoy mismo es

la distribución de premios á las calabazas y á las *columbas caruleas y candidas!* ¡Pues buena memoria es la mía! Y. . . . ¡á las doce, Virgen santa, á las doce ha de ser el negociol! . . . . Bien que cuando aquí en este papel se dice á las doce, por cálculo prudente debe contarse que á la una llega un prójimo á buena hora.

Así diciendo, púsemé á hacer los preparativos necesarios para presentarme de la manera mas conveniente á la gran ceremonia para la cual estaba yo convidado, y para no correr el riesgo de dejar olvidado el convite dentro de la bolsa de



la casaca que á quitarme iba, metílo entre



unos libros en folio que en mi cuarto tengo, los cuales se titulan "Diccionario de los disparates del Diccionario de barbarismos etc. del maestro Criticastro." Algún día me tomaré la libertad de poner á la amable lectora al tanto de una parte aunque muy corta de su contenido, pues no soy amigo de dejar con dudas á las señoras.

Hecha esta precautoria diligencia, muy conveniente para los flacos de memoria, dí mis disposiciones caseras, pues no me parecia bien dejar al cuidado de mi mujer ella solita todo lo que es indispensable tener presente en una casa.

Esta vez sí no quise por ningún camino condescender con mi mujer á que se quedara sin ver lo que iba á ser premiado, ya que por la ascención aerostática del otro día se habia quedado "sin hacha, calabaza y miel" como suele decirse.

Instéle pues á que me acompañara y no descansé hasta que la ví anuente, bien que después de haberme representado cuánto iba á padecer con la apretura y el calor, y no sin manifestarme que estando delicada ella del estómago y los nervios, estaria expuesta á quien sabe qué si la detención allí se prolongaba mucho.

Por fortuna llevaron en aquéllos momentos un platito de dulces, muy sabrosos por cierto, de la casa de mi suegro don Veremundo Estomagosos, y yo aprovechándome al punto de la ocasión dí á e-

lla el platillo incitándola con mi ejemplo, pues el ejemplo es bueno en todas ocasiones, á tomar unos cuantos rosquetes, lo cual hizo de muy buena gana al parecer,



sin confesarle que advertía su buen apetito, antes á la inversa dándole á entender mi sentimiento de que estuviera tan desganada.

Ya que estuvimos dispuestos, dejando dormido alorro y al cuidado de una "pilmama" (rollona) de toda seguridad y confianza, nos pusimos muy satisfechos en la calle.

Permítame, benévola lectora, que haga yo aquí un paréntesis á mi relacion y no te enojos de que inspirado por el amor conyugal diga que mi mujer es, sin agravio de persona, una preciosa criatura, y que tal como iba ataviada, engalanada, embellecida, estaba de lo mas hechicero, de lo mas *deslumbrante*, de lo menos propio tambien, tú no dejarás de confesármelo, para llevarla á un concurso donde hay tanta abundancia de malintencionados solteros, codiciosos del tesoro del prójimo; á un concurso donde tantos pecados de in-



tencion se cometen. Y cuando digo concurso, ya se ve que no entiendo de ninguna suerte hablar de mi preciosa mitad ni atribuirle lo que al concurso atribuyo, con no poca razon á mi entender. ¡No, cien veces no, mil veces no!

Ahora que ya tuve la satisfaccion de imponerte de que mi mujer es bonita y de que iba derramando gallardía á la grande reparticion de premios, cosa que me destrozaba yo porque la supieras, no de ninguna suerte por agraviarte, ¡Dios me asista! sino porque no creyeras que una de las mil y una tarascas que habrás visto ó te habrás imaginado ver era la consabida; ahora pues considero conveniente seguir el hilo de mi relato.

Fuimos primeramente á la casa de sus mercedes mi señora suegra y mi señor suegro, personas que ya conoce la lectora y que gozan de la mejor salud, como lo representan.

Mi señora suegra no tenia el menor inconveniente en acompañarnos, ni tampoco su dignísimo marido. Sea dicho entre nos, esta buena disposicion me sofocó no poco, pues vínoseme á la mente el diabólico pensamiento ¡Dios me lo perdone! de que podian llegar á entender los candorosos miembros de la junta de *exposiciones* que iban ellos allí para *exponerse* y reclamar el premio que de justicia les era debido como un fenómeno, una maravilla fabril, natural y manufacturera todo junto.

Por mas que hice con la mira de que desistiesen sus mercedes de su afigente resolucion de acompañarnos, tuve que resignarme á que fueran con nosotros.

mi suegro, llevando á mi mujer del brazo y yo á la suya, nos pusimos en marcha, con infinita mortificacion para mí, que al lado de mi compañera parecia una verdadera burla, una patente irrision de aquella.

Así sin ser yo osado á levantar los ojos del suelo, llegamos las dos parejas á la entrada del paraje fatal.

Hago el ademán de entrar, pídenme el boleto, meto mano á la bolsa, y... ¡oh dolor! acuértonse de que el convite le habia dejado yo olvidado, metido entre los libros consabidos.

Sin embargo, lejos de atajarme por eso, saco el sobre y lo entrego, y sigo impávido adelante sin que nadie me chiste.

¡Gran Dios! ¡cuál fué mi bochorno cuando se presentó un elegante introductor á tomar del brazo á mi compañera para llevarla á su asiento!...

Solté á su merced, escabullime entre el gentío y al volver la cara para observar si me miraban y se reian mucho de lo que me habia acompañado, me encontré con mi amigo Abecé, á quien ya conoce mi



lectora, aunque solo de nombre.

Preciso es decir, ya que al caso viene, para que nadie tenga motivo de sentimiento, lo mismo que respecto á mi amigo y compañero X tengo dicho. Abecé es un excelente muchacho: no tiene mas *miseria* que darla de crítico y parlanchin; pero aun esto merece hasta cierto punto disculpa, pues la tal manía se le ha pagado de otro individuo muy conocido. Y en resu-

midas cuentas, X y aun yo mismo estamos contagiados de lo propio por idéntica causa.

Por lo demás, Abecé, amigo y compañero nuestro, solteron á toda prueba, es, lo repito, un excelente muchacho que sabe estimar en lo que vale al amigote Miseria, al misisísimo Miseria, maravilla de las modernas edades, de que ya he tenido la honra de hacer mencion y de quien nunca me cansaré de hablar con los encomios que le son debidos de toda justicia.

—¡Hombre! exclamé lleno de júbilo al mirar junto á mí á Abecé, ¿no sabes la satisfaccion que me causa tu encuentro en estas criticas circunstancias! Si no te me hubieras deparado la suerte, creo que á esta hora estaria yo muerto.

—¿Cómo así? y ¿por qué?

—Hombre, porque... porque he venido á entrarme aquí sin mi convite que dejé olvidado en casa entre aquellos libretos que ya conoces...

—Ah, si los libros consabidos que tratan de los esclarecidos servicios prestados á la patria por el insigne maestro Caspa, vendedor de ilustracion... Y ¿cómo te has compuesto para entra?

—¿Cómo?...

Iba yo á imponerle del suceso, cuando la banda militar anunció la venida de su excelencia el presidente de la república. En efecto, poco tardamos en ver desfilar delante de nosotros á la suprema autoridad de la nacion, acompañado del excelentísimo señor ministro de relaciones don Fernando Ramirez, del señor oficial mayor de la secretaria de hacienda don M. Esperza y de unos cuantos ayudantes. Don Mariano y sus ministros iban como me gusta á mí ver presentarse los magistrados de una república. ¡Oh tiempos de uniformes y empanada! cuánto te echan

menos y te lloran los que estaban en sus glorias cuando podian lucir sus galones á la vista de sus respectivas novias! ¡Qué lástima que todo sea transitorio en este perecedero valle de lágrimas!

Hubo discursos, eso es de cajon. Entre tanto, me consagré á ver la concurrencia.

Habia bueno y malo, pero llamáronme particularmente la atencion dos damas que estaban desternillándose de risa al mismo



tiempo que se hablaban en secreto. Antojóseme que se reian las muy inhumanas de mi soberana suegra, la cual, muy quitada de la pena miraba con la satisfaccion mas completa cuanto al alcance de su visita se hallaba.

Repartíronse los premios. Vimos pasar delante de nosotros á los premiados, con sus ramilletes de flores artificiales.

Hiceme el perdidizo para no ir á dar otra vez con su merced; ví, en medio de mil empujones y estrechones, los objetos premiados, y salí de allí para situarme en un paraje propio para ver desfilar la gente.

A poco tuve que ocultarme detrás de otras personas que junto á mí estaban para que pasara, sin que me viera, mi suegra, que iba del brazo de X, á quien no sé por qué vuelta de dado habia ido á aparar....

Ahora, amable lectora mia, considero necesario decirte qué cosas y qué personas fueron las premiadas, para lo cual voy á servirte del mismo informe de la junta

de exposiciones, aunque extractadito, porque es muy largo.

"A don Agustín Tonel, por la *arauca-ria excelsa*, tres variedades de *rhododendron* (*rhododendron* es), una camelia, un *citrus lumia*, una *dionedule*, una *sterlitzia*, una *datura*, una *bourmanzia* y varias *orchydeas*; el primero, segundo, tercero, cuarto y quinto premios."

(Abecé y yo bien advertimos que los nombres aquí trascritos son como griego para la lectora; pero no habiéndose servido la junta de exposiciones dar al público el nombre vulgar de las plantas, es tengo que ponerlas aquí como están en el original.)

"A don Cristóbal Gil de Castro por el chilacayote marcado con el número 6, premio."

(Abecé dice que en efecto son muy individuales las señas del chilacayote, y tanto le designa y recomienda ser del número 6, que no se necesita ni verle para saber las especialidades que tiene.)

"Al que presentó la colección de calabazas de la hacienda de Santa Fe, accessit."

(Nota aquí X que esta explicación no le cede en claridad y precisión á la otra.)

"A don Justo Pastor Macedo, por la introducción y cultivo de las especies de trigo útiles al país, premio."

(X advierte muy bien que debería decirse el nombre, por lo menos, de estas especies de trigos útiles á la república mejicana, si es que la junta de exposiciones no ha escrito su informe para los vecinos de Méjico, solamente, y aun solamente para los vecinos de Méjico que vieron los trigos.)

"A don Agustín Tonel y hermanos, por la introducción y propagación de la raza de palomas útiles."

(Ya escampal! ¡Y las palomas útiles! ¡Con razon se han premiado!)

"A don Enrique Beale por la introducción y propagación de la raza de vacas de Durham, útiles al país, premio extraordinario."

(Útiles al país, ¡ya está dicho todo! Este es un estribillo, una muletilla, una cosa así así como una etcétera.)

"A don Florencio Ortiz, por las piezas de joyería que presentó, montadas con mucha inteligencia y muy buen gusto, premio."

(Cónstales á cuantos las han visto que son excelentes, y los que no las han visto pueden fácilmente formarse idea cabal de ellas por lo que dice la junta.)

"A don Modesto Diaz, por el armario de madera formado de las mas preciosas que produce el país y que es notable por su delicada ejecución."

(El armario, el mismísimo armario a quel.)

"A la señora doña Josefa Lara de Gutierrez, por un ramo de camelote, digno por cierto de un premio mas significativo, tercer premio de cuarta clase."

(X salta aquí diciendo que el objeto premiado, y bastante mezquinamente por cierto, no es *ramo* ni es de *camelote* (pelo de camello), sino *RAMILLETE* y de *CAMALOTE* (sustancia esponjosa del elote) agrega X que no sabe cómo el señor conde de Castro, filólogo y literato de primera, y miembro de la junta de exposiciones, ha dejado pasar estos gordos disparates y los ha autorizado con su firma. En cuanto á mi, digo que el trabajo de la señora Lara es indisputablemente digno de un premio, no mas significativo, sino sí mucho mas espléndido, mas proporcionado á su obra.)

"A la señorita doña Cayetana Ortiz, por el ramo con doble vista bordado de seda sobre tela de la misma materia, accessit."

(¡La misma mezquindad que con la señora Lara!)

"A don Antonio Flores, por la almoha-

dilla de marfil calado en filigrana que por primera vez tambien se presenta como la obra de un mejicano, hecha con bastante maestría, premio extraordinario."

(X repara que el "tambien" merece un premio extraordinario. Yo digo que ¡por qué la junta hizo gesto al "mucho" para maestría y se contentó con el frio "bastante"!)

"A don Juan Faraut, por una ménsula de yeso; á M. Schein, por una cajita y marcos de ébano con embutidos de metal; á don Juan Ramirez, por varios animales de plata opeya; á la señorita doña Soledad Muñozcano, por dos cuadros que contienen dos canastillas con flores de camelote; á la señorita Hermosilla, por un paisaje con animales bordados de seda de pelo sobre tela de igual clase; á la señorita doña Dolores Roa, por un cuadro con un canastillo de flores de gusanillo; á la señorita doña Aurora Bonilla, por un cuadro con la ave Lira bordada de oro; á la señora doña Manuela Godoy, por un paisaje bordado de hilachilla; á don Isaac de los Rios, por varias frutas de cera; á don Vicente Ferrier, por los trabajos fabricados en azúcar; al autor de un grupo de tres figuras de cera que presentó don Daniel Mendez; y á la señorita doña Gerónima Chivilini, por un cuadro bordado que representa la familia real de Inglaterra, mencion honorífica."

(Abecé dice que esto es una monserga de accessit. X clama que la congruencia de que es tan amigo el señor Conde, no parece; que las obras de camelote no son sino de camalote; que no entiende cómo se "fabrican trabajos;" que Jerónimo, Jerónima con G es un "barbarismo que pasa á disparate..." Yo digo que dicen que las obras de la señora Muñozcano, Godoy, etc. merecen mas que un accessit.)

"A don Archivaldo Hoppe, por una pie-

za de casimir verde de cuadros hecha en la fábrica de San Idefonso, premio."

"A don Juan Franco, por un rebeco ó sechal hecho en telar á la Jacquard, premio extraordinario."

(X protesta que esta palabra de ortografía ostrogoda ó rusa es un disparate, y tan gordo que merece un premio extraordinario; que la legítima voz es *REBECO*, voz muy nuestra, y que ya que se quiso darle un sinónimo, que no necesita, debió haberse dicho y escrito *CHAL*, que es la ortografía propia.)

"Al señor don José Palomar, por las mantas é hilazas de la fábrica de Atemajac, en Guadalajara, el papel y los libros rayados, premio."

"A los señores don Lorenzo Carrera y don Antonio Garay por la hilaza de lana de la fábrica de la Magdalena, premio."

"A don Luis Gonzalez, por una silla de montar con todos sus arneses, notable por la perfección con que está ejecutada, riqueza y buen gusto de todos sus adornos, accessit."

(Abecé reclama á favor de este individuo el "señor" concedido á los demás. Yo digo que dicen las gentes que la silla es obra de un trabajo sobresaliente...)

"A don Julio Vázquez, por unas espuelas; á don Antonio Cabrizas, por varias piezas de calzado; á don Encarnación de la Torre, por dos sombreros; y á don Eridio Negrete por un albardon, accessit."

(Abecé repite lo que acaba de decir. Yo repito respecto del albardon lo mismo que expresé con respecto á la silla.)

"A don Patricio Desmont, por el coche de ejecución esmerada y gusto exquisito; á don José Morel por un volante, y á los señores Rossenberger y Sobrino por una caja de seguridad, premio."

"A don Antonio Flores, por las pieles charoladas, accessit."

"A los señores don Agustín Barthes y